

INDICE

PROLOGO (pag. 3)

- ☐ **Capítulo 1:** Neferu medita (pág. 6)
- ☐ **Capítulo 2:** La misión de Neferu comienza (pág. 14)
- ☐ **Capítulo 3:** La instrucción de Neferu (pág. 25)
- ☐ **Capítulo 4:** Los misterios del universo (pág. 49)
- ☐ **Capítulo 5:** Neferu de vuelta a la tierra de Kem (pág. 58)
- ☐ **Capítulo 6:** Reincorporación terrenal (pág. 62)
- ☐ **Capítulo 7:** Neferu, por el Alto y Bajo Egipto (pág. 67)
- ☐ **Capítulo 8:** Neferu, de discípula a Suma Sacerdotisa (pág. 88)
- ☐ **Capítulo 9** Neferu Suma Sacerdotiza, vida pública (pág. 94)
- ☐ **Capítulo 10:** Neferu en Dendera (pág. 105)
- ☐ **Capítulo 11** Neferu y las Ruinas de Kem (pág. 112)
- ☐ **EPILOGO** El legado de Neferu (pág. 115)
- ☐ **SOBRE EL AUTOR** (pag. 119)

El Legado de Neferu

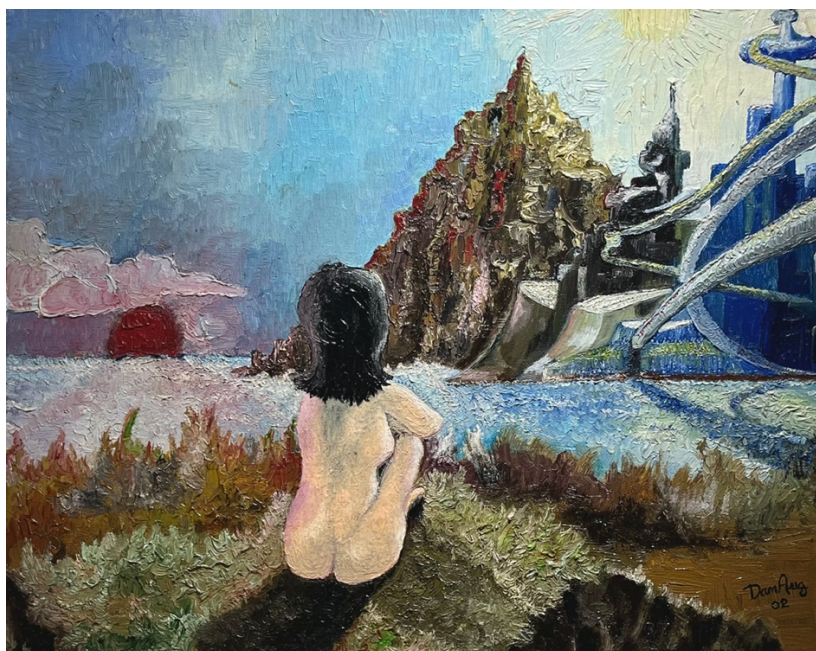
Una Aventura Fantástica en el Antiguo Egipto

El Legado de Neferu es una odisea cósmica donde el misticismo del antiguo Egipto se entrelaza con la ciencia ficción y la poesía universal. La princesa ficticia Neferu es abducida y transportada al enigmático planeta Thal-Ra, donde descubre secretos ancestrales sobre la vida, la luz divina y las leyes del cosmos. Guiada por seres etéreos, su viaje transforma su alma y su destino. Al regresar a la Tierra, su conocimiento visionario moldea las bases de una civilización eterna. Inspirada en los sueños visionarios de su autor, Dan Aug, y en una serie de 46 obras pictóricas creadas entre 2002 y 2019, esta obra invita a explorar la conexión entre humanidad y universo, uniendo ciencia, espiritualidad y la maravilla de lo desconocido en el entorno del Antiguo Egipto

Prólogo

El Legado de Neferu es el relato de un viaje entre mundos, donde lo mítico y lo real, lo espiritual, lo físico y lo ficticio, se entrelazan en un tapiz cósmico. Que estas páginas te lleven al mismo sueño, y que en él encuentres el eco de tus propias verdades olvidadas.

La verdad del cosmos se revela a quienes sueñan con los ojos del alma abiertos. Hay noches en que el velo entre los mundos se disuelve, y en ese instante de revelación pura, los secretos del universo se filtran como visiones, como ecos de una memoria perdida. Todo comenzó con un sueño...



Obra: "First Contemplation" - © DanAug 2002
- Oleo sobre carton entelado 40 cm x 50 cm -

En la vastedad de ese sueño primigenio, una joven egipcia apareció ante mí. Su figura desnuda, sencilla y majestuosa, contemplaba un horizonte que desafiaba toda comprensión terrenal. Estaba sentada sobre la tierra arcillosa de un mundo desconocido, su espalda curvada hacia la eternidad, mientras dos soles iluminaban el paisaje: uno blanco y brillante, el otro rojo como un fuego moribundo, testigo de la inminente muerte estelar. Frente a ella se alzaba una metrópolis alienígena: torres espirales, estructuras imposibles, cúpulas y arcos que parecían fundirse con la curvatura misma del espacio. Las sombras y las luces danzaban al ritmo de una ley universal que yo aún no comprendía, pero que sentía como un latido profundo.

Aquella imagen, impregnada en mi conciencia como un oráculo, no era solo un sueño, sino una ventana a lo eterno. El amanecer posterior fue diferente a cualquier otro; llevé la huella de aquella visión como un tatuaje en el alma. Me apresuré a tomar los pinceles y, guiado por una fuerza que brotaba desde mi subconsciente, pinté. La joven egipcia se convirtió en el símbolo de la humanidad buscando respuestas. Los dos soles, en el equilibrio perfecto de la vida y la muerte, reflejaron la fragilidad de nuestro destino cósmico. La metrópolis alienígena fue la promesa de civilizaciones más antiguas y sabias que la nuestra.

De esta primera pintura nació la serie *Sueño de una Noche en Giza*. Fue el principio de una travesía a través de 46 obras que no eran solo lienzos, sino portales a mundos, cada uno construido sobre cimientos de visiones, ciencia y misticismo. Mis pinceles, impregnados del polvo de estrellas de aquel sueño original, dieron forma a texturas que evocaban galaxias nacientes, luces iridiscentes que danzaban como partículas cósmicas, y colores que estallaban en colisiones de nebulosas, formando universos en expansión. Estos paisajes celestes, en su constante devenir, se entrelazaron con escenas de la vida y los secretos del Antiguo Egipto, como si el pasado remoto de nuestro mundo y los confines del cosmos compartieran un mismo susurro ancestral.

La joven mujer que contemplaba los dos soles en aquel horizonte alienígena no era una simple figura onírica. Su presencia era un símbolo, un eco de las historias perdidas en los templos de piedra. ¿Quién podría haber sido esta viajera entre mundos, esta hija de la Tierra que miraba hacia las estrellas? ¿Sería acaso Isis, la gran diosa de la magia y la sabiduría, cuya búsqueda de Osiris la llevó a cruzar los umbrales de la muerte y la eternidad? O tal vez Nefertari, la reina del amor y el misterio, cuya alma navegaba junto al sol renaciente en la barca de Ra.

Quizás ella era Hathor, la diosa de los cielos y la belleza, madre de las estrellas y protectora de los viajeros cósmicos. En sus ojos vivían las luces

del firmamento, y sus manos tejían los hilos de la creación. O podría haber sido Nut, la diosa del cielo, cuya forma se arqueaba sobre el mundo, abrazando todo lo que existe en un manto estelar. Nut, con su piel tachonada de estrellas, era el puente entre el día y la noche, entre el tiempo humano y la eternidad divina. ¿Podría esta joven mujer representar el espíritu de Nut descendiendo a la Tierra para sembrar el conocimiento celestial?

La aventura fantástica, casi increíble, que esta figura humana habría experimentado en un mundo más allá de nuestra comprensión, sería el germen de mitos que, al retornar a su tiempo, se convertirían en la raíz de la civilización más grandiosa que la humanidad haya conocido. Sus experiencias, transformadas en símbolos y leyendas, darían forma a las enseñanzas de los sacerdotes, a los jeroglíficos inscritos en las piedras sagradas, y a las historias susurradas bajo el cielo estrellado del desierto.

El sueño se convirtió en arte, y el arte se transformó en un lenguaje secreto: el murmullo del cosmos traducido a trazos humanos. En cada obra de *Sueño de una Noche en Giza*, vive la memoria de un momento que fue y será. Porque el arte es un puente, y los sueños son las raíces que conectan el corazón de la Tierra con el alma del universo.



Soy Dan Aug, artista visual uruguayo-italiano, explorador de la frontera entre lo visible y lo invisible. Mi vida es un puente suspendido entre la ciencia, la ciencia-ficción y el arte. Desde que tengo memoria, el cielo nocturno ha sido mi único templo. En 2005, mi obra [Xanadu Joyful Day](#),

inspirada por la misión Huygens a Titán, fue aclamada y premiada con un primer premio por la comunidad científica de la NASA y ESA y me llevó a exposiciones internacionales. Pero mi verdadera exploración comenzó con el *Sueño de una Noche en Giza*, esa puerta abierta hacia lo desconocido en el marco de la Civilización del Antiguo Egipto. Las arenas de la “Tierra de Kem” aun nos guardan misterios por develar, Esta pretende ser una novela de ficción para acompañar o explicar mis obras pictóricas ... una teoría mas, atrevida y fantástica sobre aquella civilización que nos dejó y sigue dejándonos, literalmente atónitos

Capítulo 1: Neferu medita

La noche se desplegaba sobre la ribera del Nilo como un vasto y profundo manto de terciopelo, tejido con hilos de susurros ancestrales y salpicado por el misterio de mil historias no contadas. El horizonte, difuminado por la penumbra, se abrazaba con la oscuridad infinita del cielo, donde las estrellas titilaban como ojos centinelas, testigos silenciosos de los secretos que yacen en las arenas eternas.

Una brisa delicada y casi imperceptible se deslizaba sobre la tierra fértil, acariciando con sus dedos invisibles las hojas de papiro que bordeaban las aguas del río. Allí, el Nilo se extendía como una cinta de obsidiana líquida, su superficie espejeando con la luz de una luna creciente que reinaba, altiva y serena, en su trono celeste. Sus rayos plateados danzaban sobre las corrientes suaves, dibujando senderos de luz que se perdían en la distancia como promesas nunca pronunciadas.

El aire estaba cargado con la fragancia embriagadora de loto, una esencia antigua que parecía contener la memoria misma del río. Pétalos fantasmales flotaban a la deriva, llevando consigo suspiros de ofrendas y plegarias olvidadas. Más allá, en la sombra de las palmeras que se erguían como guardianes vigilantes, el crujir de las frondas resonaba como un susurro secreto entre el viento y la tierra.

A lo lejos, la sinfonía de la vida nocturna se entrelazaba en una armonía encantada: las ranas, con su canto cadencioso, componían una melodía primitiva que resonaba con el latido de los siglos, mientras un coro de grillos llenaba el aire con su vibración eterna. Todo parecía un eco de la creación misma, un tributo a la danza cósmica que unía el cielo, el río y la tierra en un lazo sagrado de vida y eternidad.

En esa ribera, envuelta por la magia intangible del cosmos, la noche se tornaba una cuna de sueños y promesas, donde el tiempo parecía detenerse y el alma podía perderse entre suspiros de estrellas y susurros de agua.

Debajo de una palmera imponente, y también bajo la vastedad del cosmos, una figura permanecía inmóvil: una joven de cabellos oscuros como el ébano, vestida con una túnica blanca que brillaba como el loto bajo la luz lunar. Se llamaba Neferu, un nombre que en la lengua sagrada significaba “la belleza perfecta”. Su mirada, oculta al observador, se perdía más allá del horizonte terrenal, como si sus ojos buscaran los secretos escondidos entre las estrellas.



Obra: “Nile River Meditation” - © DanAug 2003
- Oleo sobre bastidor 60 cm x 50 cm x 3 cm.

Desde la infancia, Neferu había sido una maestra en el arte de la contemplación. Su espíritu indomable se sumergía en profundas meditaciones que desafiaban la paciencia de los más sabios. Las horas fluían como granos de arena entre sus dedos mientras permanecía inmóvil, su respiración acompañada con los ritmos ocultos del universo. Las sacerdotisas del templo la observaban con una mezcla de asombro y reverencia, susurrando que los dioses le habían concedido un don especial, un lazo invisible que la unía con las fuerzas primigenias de la creación.

Allí, junto al río eterno que serpenteaba como un latido cósmico a través del desierto, Neferu meditaba. Su alma, libre como el viento del desierto, se alzaba para tocar las estrellas. Los ecos de antiguas verdades resonaban en su interior, secretos traídos por los dioses a través de los vientos de las eras. El tiempo se detenía a su alrededor, y el aire vibraba con un silencio cargado de preguntas que solo el corazón de los iniciados podía escuchar.

El reflejo de la luna se rompía suavemente sobre las ondas del Nilo, como si el mismo río danzara al ritmo del cosmos. Las aguas murmuraban historias de mundos olvidados, y Neferu sentía cada partícula de su ser en comunión con las aguas, con la tierra y con el cielo infinito. Sabía, con una certeza que no pertenecía al mundo de las palabras, que aquello que contemplaba no era

solo un paisaje, sino un espejo de su propio espíritu. En las profundidades del río, vislumbraba las corrientes invisibles del destino.

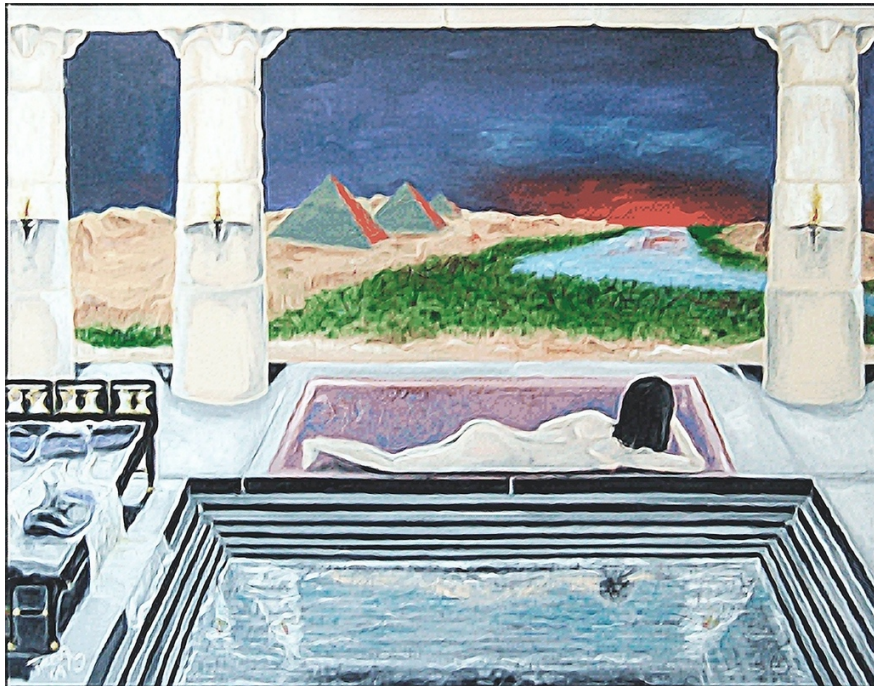
Las hojas de la palmera susurraban su canción ancestral, y en ese murmullo resonaban los ecos de su destino: un viaje más allá de lo imaginable, un paso hacia un conocimiento tan antiguo como el universo mismo. Su respiración se acompañaba con el ritmo del río, su corazón sincronizado con los latidos ocultos de la creación, como si ella misma fuera una estrella vibrando en armonía con la música de las esferas celestiales.

Neferu había aprendido a escuchar los susurros del cosmos. Su maestro le había enseñado que los dioses hablaban en silencio y que las verdades más profundas eran reveladas solo a aquellos que poseían el coraje de callar. Era una navegante del alma, explorando los caminos secretos que unían el mundo terrenal con el reino de lo divino. En su meditación, sentía la presencia de Ra, cuya luz dorada atravesaba las tinieblas del caos primigenio, y de Nut, cuyos brazos extendidos eran el firmamento estrellado que la rodeaba.

Y en esa quietud, bajo la luna creciente que parecía sonreír desde lo alto, comenzaría un sueño. Un sueño que no era una simple fantasía, sino un portal hacia lo desconocido. Los reflejos del agua se transformaron en caminos estelares, y Neferu, sin moverse, cruzaría el umbral de lo ordinario. La tierra de Egipto se desdibujaba bajo sus pies, mientras el Nilo se convertía en un río de luz que la llevaba hacia el misterio.

A la noche, en las recámaras sagradas del palacio, donde los susurros del desierto se desvanecen ante la inmensidad del Nilo, Neferu se abandonaba también a la meditación, conectando su alma con las fuerzas primordiales

del cosmos. Bajo la penumbra cálida de las antorchas, cuya luz danzaba como estrellas cautivas en la piedra blanquecina de las columnas, el santuario de su intimidad se revelaba como un templo vivo dedicado a los misterios universales.



Obra: "Chamber Meditation" - © DanAug 2004
- Oleo sobre bastidor 100 cm x 120 cm x 3 cm

Allí, recostada sobre un lecho de lino púrpura, su silueta se convertía en un puente entre lo humano y lo eterno. Su piel desnuda, tersa como la superficie de una duna al amanecer, absorbía la fragancia del loto y el incienso. El aire mismo parecía contener el eco de antiguos himnos, vibrando con una energía que solo los sabios podían sentir. A sus pies, Líric, su fiel gato Mau Egipcio, se acurrucaba en un sueño profundo, su pelaje reluciendo como las arenas de oro bajo el sol. Los ojos cerrados del animal ocultaban la sabiduría de las edades, y su ronroneo, suave y constante, era un mantra de equilibrio y serenidad.

Frente a Neferu, el agua oscura de la piscina ritual reflejaba un fragmento del cielo. Las estrellas, dispersas como gemas derramadas sobre un manto infinito, parecían nadar junto a su propia imagen, creando un portal entre lo terrenal y lo divino. El agua, purificadora y cargada de energía lunar, era el elemento en el que ella sumergía su cuerpo antes de cada comunión espiritual. Su superficie ondulante guardaba los secretos de ceremonias antiguas: en ella, las manos de Neferu trazaban patrones sagrados que resonaban con la geometría del cosmos, invocando la sabiduría de Nut, diosa del cielo.

Desde su lecho, Neferu contemplaba el paisaje que se extendía más allá de las columnas. Bajo el cielo profundo de la noche, las pirámides se alzaban como sombras inmortales, guardianas de las estrellas. El Nilo, serpenteando en la distancia, reflejaba el resplandor rojizo del horizonte, donde el ocaso aún persistía como un latido remoto. El desierto, con su vastedad solemne, se convertía en un mar de silencio, donde los vientos llevaban consigo historias de dioses y reyes.

En su meditación, Neferu se dejaba guiar por la música silenciosa de los mundos. Cada inhalación era un himno a la creación, y cada exhalación, una ofrenda al misterio de la muerte y el renacimiento. Cerraba los ojos y sentía cómo su ser se disolvía en las corrientes cósmicas, flotando más allá de las fronteras del tiempo. **En esas largas meditaciones tenía una imagen obtinadamente recurrente: dos soles que había visto en sus trances, uno blanco como el amanecer y otro rojo como una flama agónica, ardían en su mente, recordándole el equilibrio sutil entre la vida y la extinción.**

En esos momentos de profunda contemplación, el lecho, la piscina y el cielo se fundían en una sola verdad: el universo era una vastedad de ciclos y reflejos, y ella, Neferu, hija de la Tierra, era a la vez navegante y faro, parte del cosmos y su observadora. Su corazón latía al ritmo de las estrellas, y su alma, como las aguas del Nilo, fluía eterna hacia el horizonte de los dioses.

En la penumbra silenciosa del palacio donde moraba Neferu, donde los muros blancos reflejaban la luz del día y el manto nocturno envolvía los sueños de Egipto, se extendía un santuario privado. En aquel espacio sagrado, solo los ecos del universo eran permitidos. Bajo la mirada impasible de estatuas de deidades olvidadas, Neferu se preparaba para la práctica de su meditación más preciada: la Meditación Merkaba, el vínculo entre la materia y el cosmos.

Los suelos de piedra pulida, frías al tacto, sostenían la geometría de un tapiz antiguo que representaba las estrellas. Los patrones sagrados formaban triángulos y círculos entrelazados, en cuyo centro resplandecía un lócus dorado, símbolo de la conciencia en floración. Alrededor, la atmósfera estaba impregnada de un incienso embriagador, donde el aroma del mirra y el sándalo bailaban en espirales invisibles, guiados por el aire que se deslizaba desde las celosías esculpidas con el sigilo de siglos.

Neferu, vestida con una túnica blanca que apenas rozaba el suelo, se sentaba con las piernas cruzadas y la columna recta como el eje de un mundo. Sus manos descansaban en su regazo formando un mudra, el gesto sagrado que conectaba la energía de su corazón con el infinito. La bruma de sus

pensamientos se disipaba lentamente mientras dirigía su atención hacia la respiración: una ola que se retiraba y volvía a llenar la vastedad de su ser.



Obra: “Merkaba Meditation” - © DanAug 2003
- Oleo sobre bastidor 80 cm x 60 cm x 3 cm

El entorno era una sinfonía de silencios y murmullos celestiales. Desde la ventana alta de alabastro, una franja de cielo nocturno se desplegaba como un manto tachonado de gemas. Las estrellas titilaban en una danza eterna, guiando su mirada hacia la constelación de Orión, el portal de los antiguos. El río Nilo, oculto más allá de los muros del palacio, murmuraba una melodía remota, acompañada con el ritmo profundo de su corazón.

En su visión interior, la Merkaba cobraba forma: un tórax de luz que giraba en direcciones opuestas, entrelazando las fuerzas del tiempo y la eternidad. Visualizaba la estrella tetraédrica, donde triángulos de fuego y agua se unían en perfecta armonía, un vórtice que la transportaba más allá del umbral de la realidad ordinaria. Sentía la energía ascender por su columna vertebral como un rayo dorado, despertando los secretos dormidos de su ADN estelar.

El oro del horizonte, que representaba las arenas del desierto bajo el cielo, se reflejaba en su conciencia expandida. Mientras la Merkaba giraba, su esencia se elevaba como un loto emergiendo de aguas primigenias. Veía con los ojos del espíritu: el firmamento se abría como un portal, revelando galaxias en espiral y mundos que orbitaban soles gemelos. Sentía la vibración de la creación misma, un lenguaje de luz que susurraba las verdades del cosmos.

—*Soy una chispa de la estrella madre, un suspiro del aliento galáctico* — murmuraba con una voz que no era suya, sino el eco de su linaje ancestral.

La meditación culminaba cuando la luz de la Merkaba, su vehículo de energía, se disolvía suavemente en su corazón. Neferu abría los ojos, y en el umbral de la vigilia, el universo entero habitaba en su mirada. El destello de sabiduría que llevaba consigo iluminaba no solo el templo de su alma, sino las generaciones por venir, pues ella se había convertido en el puente viviente entre la Tierra y las estrellas.

Capítulo 2: La Misión de Neferu comienza.

En las habitaciones secretas del palacio real, ocultas tras cortinas de lino teñido con los colores del crepúsculo, Neferu se sumía cada noche en una meditación profunda. El aire, perfumado con resinas de mirra y loto azul, se movía apenas, como si incluso el tiempo mismo contuviera el aliento para observar su rito. Las paredes, adornadas con frescos de estrellas y constelaciones, parecían dilatarse y contraerse, como un susurro de la bóveda celeste que aguardaba en silencio la llamada de los mundos lejanos. Allí, en el corazón de su santuario, bajo la tenue luz de lámparas alimentadas con aceite de almendras, la princesa se preparaba para trascender las fronteras del mundo conocido.

Neferu adoptaba la postura del loto sobre una alfombra de fibras tejidas con símbolos sagrados: espirales de poder, líneas que evocaban los caminos entre dimensiones, y círculos que representaban los ciclos del infinito. En sus manos sostenía una esfera de cristal, bruñida hasta parecer un fragmento de estrella, y sobre su pecho reposaba un amuleto de lapislázuli, inscrito con el ojo de Horus, un talismán de visión cósmica. Sus pensamientos, guiados por una práctica ancestral, se desprendían de las ataduras del tiempo. Inspiraba profundamente, llenando su ser con el aliento de la Tierra, y expiraba el peso de la existencia mundana.

La habitación misma comenzaba a responder a su energía. Las sombras de las columnas se alargaban como antenas, sintonizando las frecuencias cósmicas. Las estrellas pintadas en el techo parecían desprenderse de la piedra para flotar, diminutas luces que vibraban con la resonancia de su espíritu en ascenso. Al alcanzar un estado de concentración suprema, Neferu visualizaba la geometría del universo: un vasto entramado de líneas doradas que unían los puntos de luz más allá de lo visible, una malla de energía en la que cada movimiento tenía eco en una realidad distante.

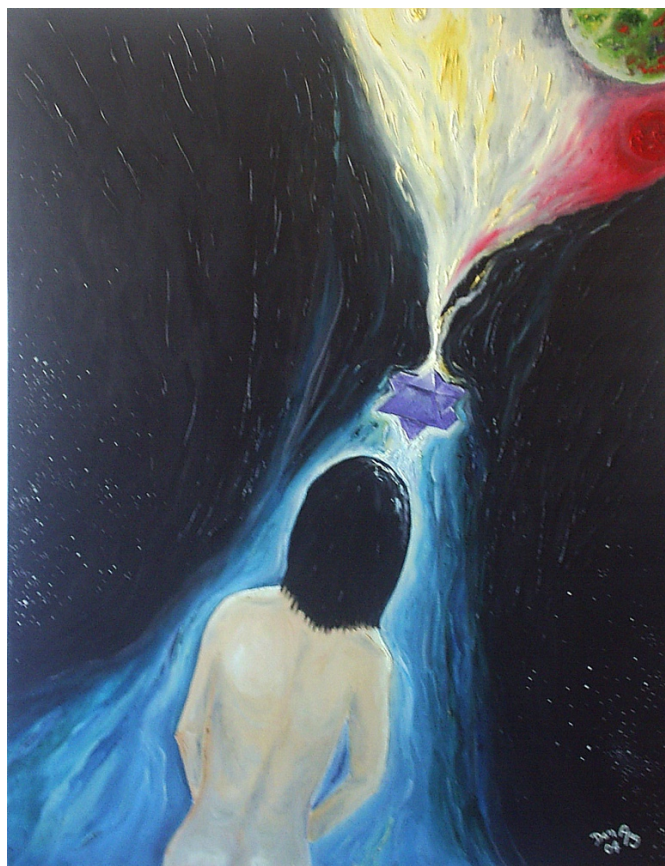
Aquella noche no fue como las demás. Los vientos del desierto callaron, y la luna creciente proyectó una luz de plata líquida sobre el Nilo. El silencio profundo que envolvía el mundo anunciaba un momento señalado por los dioses antiguos o por entidades de una inteligencia que trascendía las concepciones humanas. Neferu, con sus ojos cerrados y su alma abierta, se vio envuelta en una sensación desconocida. Su cuerpo comenzó a vibrar, no con la simple vida del corazón que late, sino con la resonancia misma del cosmos. Era como si cada célula respondiera a una sinfonía universal que la llamaba hacia las estrellas.

El proceso de ascensión se inició desde el centro de su ser. La respiración de Neferu se hizo tan ligera que el aire parecía fluir a través de ella como un río invisible. La energía Merkaba, representada como dos tetraedros entrelazados, giraba a su alrededor, una figura luminosa que pulsaba con ritmos de proporción divina. Esta estructura, según las antiguas enseñanzas, era un vehículo de luz que podía transportar el espíritu y el cuerpo a través de las dimensiones.

De pronto, su percepción del espacio cambió. El suelo de alabastro bajo ella dejó de existir. Sentía la presencia de una puerta que se abría en el tejido del espacio-tiempo, un vórtice invisible sostenido por las vibraciones de una realidad superior. La física moderna sugiere que los agujeros de gusano son pasajes teóricos entre diferentes puntos del universo, y en esta noche marcada por las fuerzas cósmicas, Neferu se convertía en la primera viajera de carne y hueso en transitar por uno.

Mientras su cuerpo se elevaba, las partículas de su existencia parecían disolverse y reconfigurarse, un proceso de desmaterialización y rematerialización más allá de los límites de la comprensión. Su visión se llenó de un destello cegador, pero no de luz convencional: era la radiación pura de realidades cuánticas entrelazadas. Sentía la presencia de seres —no dioses, sino inteligencias antiguas, formas de vida cuya existencia vibraba en frecuencias fuera del alcance humano. Ellos la habían elegido por su pureza de corazón, por la fuerza de su espíritu y por la capacidad única de su alma para resonar con los misterios del cosmos.

Capítulo 2: La Misión de Neferu Comienza



Obra: “Viaje Astral” - © DanAug 2004
- Oleo sobre bastidor 90 cm x 60 cm x 3 cm

En aquel momento de ascensión total, Neferu comprendió la ilusión de las fronteras físicas y el verdadero significado de la unidad universal. Su conciencia se expandió más allá de las estrellas, abrazando galaxias, sintiendo la danza de las partículas subatómicas y el susurro del vacío cuántico. La mecánica cuántica, con su principio de superposición, parecía no ser una teoría distante, sino la vivencia misma: múltiples versiones de la realidad existían simultáneamente, y ella navegaba entre ellas como un pez en las aguas infinitas del ser.

Finalmente, la oscuridad del cosmos la envolvió, y en ese vasto océano de posibilidades, Neferu sintió que su espíritu se transformaba en luz pura. Era el puente entre el tiempo antiguo y el porvenir desconocido, el vínculo viviente entre la humanidad y las estrellas. Los seres superiores la guiaban, no como amos, sino como maestros de verdades que se revelaban solo a quienes estaban preparados para ver con el ojo interno.

En el palacio, su habitación permanecía en calma. La lámpara titilaba suavemente, y el aire cargado de misterio susurraba a las sombras de lo que

había ocurrido. Pero Neferu ya no estaba allí. Había cruzado el umbral, y su viaje apenas comenzaba.

Afuera, la noche se desplegaba como un manto de terciopelo salpicado de diamantes celestiales, y el Nilo susurraba como un poema antiguo cuyo significado se había perdido con el paso del tiempo. Su respiración, acompasada con el ritmo del universo, vibraba como las cuerdas invisibles de una lira cósmica.

Con los ojos cerrados, Neferu comenzó así su viaje merkaba. Su espíritu, liberado de la prisión de la carne, se elevó en una espiral de luz y fuego, surcando las corrientes invisibles del tiempo y el espacio. Era una danza entre dimensiones, un vuelo entre lo conocido y lo inimaginable. A su alrededor, geometrías sagradas destellaban como constelaciones vivientes, los patrones eternos de la creación desdoblándose y replegándose en infinitas secuencias. En cada vértice de esta estructura sagrada, sentía el eco de antiguas verdades, vibrantes y vivas como la sangre que fluía por sus venas.

El puente de Einstein-Rosen se abrió ante ella, un vórtice giratorio que desafiaba la comprensión humana. Era un portal entre universos o dentro de este mismo universo, una brecha luminosa donde el espacio se curvaba sobre sí mismo, como el abrazo de amantes separados por la eternidad. Las leyes de la física se retorcían y jugaban, danzando con la lógica del sueño y el símbolo. Allí, las estrellas cantaban en lenguajes olvidados, y el tiempo se disolvía como un río entregado a un mar sin orillas.

Neferu avanzó, guiada por la llamada inaudible de lo desconocido. Su cuerpo flotaba, ingrátido y luminoso, mientras cruzaba el umbral del misterio. Al otro lado, la esperaban formas que desafiaban la razón: criaturas de siluetas fluidas, sus cuerpos refulgentes verdes de energía pura. No eran de la Tierra, eso era evidente; sus ojos, profundos como agujeros negros, contenían galaxias enteras en movimiento, y sus gestos emitían resonancias que hablaban directamente al alma, sin necesidad de palabras.

De repente, una fuerza la rodeó, suave pero irresistible, envolviéndola en un capullo de luz líquida. La abducción comenzó con un temblor en su ser, una atracción irresistible hacia lo desconocido. Fue llevada, no con violencia, sino con una ternura cósmica, hacia el interior de una nave cuyos contornos se desdibujaban entre la realidad y la fantasía. Este vehículo no era como los navíos de madera que surcaban el Nilo; era una entidad viviente, una extensión de la voluntad de aquellos que la tripulaban.